

CUENTO

OCASO DE UN AMOR

Por fin llegó la hora nupcial; éste día que había sido durante largo tiempo, sueño e ilusión de los jóvenes enamorados, se celebró con el mayor esplendor y júbilo ¡Todos los corazones se encontraban saturados de alegría! Un grandioso baile fué la coronación de éste supremo acontecimiento; mientras la aristocrática concurrencia bailaba el Fox-trot, la Java y otros bailes modernos al compás de los zinganos; los nuevos esposos se apartaron a una magnífica *chaise-longue* para acordar cómo harían el recorrido en su luna de miel; ¡Todo cuanto se imaginaban les parecía monótono para saborear con placer ese camino de eterna felicidad sólo por él imaginado! Tras largas vacilaciones convinieron cruzar los sitios más pintorescos de la Península en biplano, donde transpondrían ríos y montañas con velocidad vertiginosa.... ¡qué bello y delicioso! repetían al unísono, colmados de satisfacción.

No tardaron en participar a la selecta y conglomerada invitación el plan trazado, siendo acogido con verdadero entusiasmo por su gran originalidad; pero Enriqueta—que así se llamaba la madre de la novia—no podía ocultar su contrariedad; pues tuvo el presentimiento de una tragedia inminente, pero ¿cómo por una mera fantasía se atrevía a desviar la ilusión de sus hijos? Se acercó el momento de partir al aereódromo para coger el Havilland, que los había de conducir a las altas capas atmosféricas; cada trepidación del motor hacía en Enriqueta el efecto del excitante más enérgico; al depositar un beso en la frente de su hija, dos lágrimas amargas se deslizaron por sus arrugadas mejillas.

Los aldeanos de los próximos lugares quedaban como estupefactos al ver caminar en el espesor de las nubes al aparato, en el que las frases de amor se sucedían sin interrupción. Ella, joven angelical de manos de seda y terciopelo, de labios de carmín y de raso rojo, de frente de nácar y de dientes marfilados, de alma más pura que el armiño, soñando siempre con pájaros y arroyos, flores y ángeles, no sabía lo que era el amor egoísta de concupiscencia; ella amaba, sí, pero con un amor puro y desinteresado; ella, en el continuo correr del magestuoso biplano, más bien que pensar en su esposo contemplaba este admirable *Cosmos* que el autor de la Naturaleza toda creara; ella comparaba las rojas lumbraradas y los ríos de colores del astro-rey con los nostálgicos fulgores de la luna que fuera testigo de los aventureros del amor; ella, teniendo ante su vista nubes gualdas, nubes de oro, tan fantásticas y tan bellas, parecía estar próxima a la patria *ultraterrena* de los eternos amores donde no hay

indiferencias, ni tristezas, ni contrariedades, ni esos horizontes más negros que el pesar que muchas veces se presentan ante la vista de los desterrados en éste valle del olvido.

El, callaba, pero contemplaba a su esposa con entusiasmo loco; trocáronse nuevas frases amorosas, y cuando todo parecíales sonreír, el biplano, a la manera que un inmenso alud desprendido de un gigante y áspero peñasco corre hasta llegar al torrente que impetuoso va lamiendo sus plantas, empezó a descender hasta chocar con la tierra. En el breve intervalo del descenso abrazáronse los nuevos esposos para permanecer eternamente unidos, teniendo en cuenta que el matrimonio es un cuerpo para un cuerpo, un alma para un alma y un amor para un amor.

Miguel Herreros

NECROLOGIA

Doña Matilde Maján y Pinilla

El día 22 de los corrientes entregó su alma a Dios la señora D.^a Matilde Maján y Pinilla, madre de nuestro buen amigo y culto abogado D. Miguel Pintado y Maján y tía carnal de nuestro querido Director D. Modesto Dopazo.

Murió la señora de Pintado, después de recibir los auxilios espirituales, conservando hasta los últimos momentos el pleno uso de sus facultades mentales, dirigiendo a sus queridos deudos, que transidos de dolor la rodeaban, admirables palabras de consuelo, con serenidad y entereza de ánimo tales, que puede asegurarse que su muerte quedará como recuerdo de resignación cristiana.

Las virtudes de la finada, su bondad jamás desmentida, su religiosidad y caridad cristiana que alcanzaban a todos los desgraciados suponen suficiente y justificado motivo para que la defunción de la referida señora haya sido para sus paisanos una bien sensible pérdida, que todos, sinceramente lamentamos.

El entierro, verificado en la tarde del 23, constituyó una verdadera manifestación de duelo en la que el pueblo de Daimiel quiso atestiguar a los deudos de la finada el hondo sentimiento que semejante desgracia le producía acudiendo solícito a tributar al cadáver el último y triste homenaje.

ADELANTE se asocia a éste sentimiento y recogiendo el sentir general, envía desde estas columnas su más sincero pésame a la familia de la finada.